

KAIROS. Revista de Temas Sociales
ISSN 1514-9331. URL: <http://www.revistakairos.org>
Proyecto Culturas Juveniles
Publicación de la Universidad Nacional de San Luís



**LA GRIETA EN LA ARMADURA: IMPOTENCIA VITAL Y RECONFIGURACIONES
MASCULINAS EN TIEMPOS FEMINISTAS**

María Gabriela C rdoba¹⁴

Enviado: 07/06/2026

Aceptado: 25/06/2026

Resumen

Este artículo analiza la dimensión afectiva de las masculinidades contemporáneas desde una perspectiva clínica y de género, focalizando en los efectos subjetivos de la socialización emocional masculina. Se propone la noción de *armadura viril* como un dispositivo simbólico que organiza el endurecimiento afectivo, la negación de la vulnerabilidad y el silenciamiento emocional, configurando una economía psíquica basada en el control y la autosuficiencia. A partir de este marco, se introduce el concepto de *impotencia vital* para dar cuenta de los modos en que muchos varones experimentan el cambio en contextos atravesados por las demandas feministas: desorientación, empobrecimiento vincular y dificultades para tramitar el malestar sin recurrir a la huida, la descarga o la violencia. Lejos de enfoques punitivos o patologizantes, el trabajo sostiene que estas dificultades no son naturales ni individuales, sino históricamente aprendidas y socialmente organizadas. Finalmente, se plantea la necesidad de intervenciones éticas que habiliten condiciones simbólicas para desarmar el silencio emocional y acompañar procesos de transformación subjetiva sostenida.

Palabras clave: Masculinidades; afectividad; socialización emocional; impotencia vital.

**THE CRACK IN THE ARMOR: VITAL IMPOTENCE AND MASCULINE
RECONFIGURATIONS IN FEMINIST TIMES**

Abstract

This article examines the affective dimension of contemporary masculinities from a clinical and gender-based perspective, focusing on the subjective effects of male emotional socialization. The notion of *virile armor* is proposed as a symbolic device that structures emotional hardening, the denial of vulnerability, and emotional silencing, shaping a psychic economy organized around control and self-

¹⁴ Dra. en Psicolog a, Prof. Adjunta C tedra de Sociolog a,
Fac. de Filosof a y Letras, Universidad Nacional de Tucum n
Correo: mg.cordoba@filo.unt.edu.ar

sufficiency. Within this framework, the concept of *vital impotence* is introduced to describe how many men experience change in contexts shaped by feminist demands: disorientation, relational impoverishment, and difficulties in processing distress without resorting to avoidance, discharge, or violence. Moving away from punitive or pathologizing approaches, the article argues that these difficulties are neither natural nor individual, but historically learned and socially organized. Finally, it emphasizes the need for ethical interventions that create symbolic conditions to dismantle emotional silence and to support sustained processes of subjective transformation.

Keywords: Masculinities; affectivity; emotional socialization; vital impotence.

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos hoy en un momento histórico singular, caracterizado por profundas fracturas simbólicas, donde los discursos y las prácticas feministas, junto a las disidencias sexuales y de género, han alcanzado una visibilidad inédita. Esta emergencia no solo ha transformado la esfera pública, sino que ha penetrado en la intimidad de los vínculos, forzando una renegociación de las identidades y de los modos de relación. De manera simultánea, el poder patriarcal responde con virulencia, reinventándose a través de nuevas máscaras y desplegando una notable capacidad de adaptación. No asistimos, por tanto, a un simple reemplazo de un orden por otro, sino a una escena de alta complejidad: una disputa abierta por el sentido, por la legitimidad de los afectos y por las formas contemporáneas de habitar el género.

En América Latina, estos procesos adquieren una especificidad crítica. Viejas y nuevas configuraciones culturales conviven, se superponen y entran en conflicto en sociedades atravesadas por profundas desigualdades estructurales, tradiciones patriarcales arraigadas y una persistente impronta religiosa y moral. Los cambios no son lineales ni homogéneos; son procesos tensionados y, muchas veces, profundamente contradictorios, donde el avance en derechos convive con zonas de resistencia subjetiva inexploradas. La presencia sostenida de los movimientos feministas en la región ha logrado poner en cuestión el esencialismo y el determinismo biológico con los que históricamente se han naturalizado las conductas humanas y las jerarquías de género. Esta apertura ha permitido imaginar otros modos de vivir, vincularse y desear, pero también ha dado lugar a una creciente *ofensiva antigénero* que apela a una supuesta “naturaleza” para restaurar roles rígidamente definidos. Desde una perspectiva crítica, Segato (2023) ha señalado que un elemento clave de la resistencia del patriarcado a las agendas feministas contemporáneas radica precisamente en su capacidad de reorganizarse ideológica y discursivamente frente a los desafíos democratizadores.

En este escenario convulsionado, la figura masculina es convocada nuevamente al lugar del dominio, el control y la provisión, negando la complejidad de la experiencia de muchos varones que hoy se encuentran desorientados frente a guiones tradicionales que ya no resultan operativos ni subjetivamente sostenibles. Como advierten los estudios críticos sobre masculinidades, la crisis de la masculinidad hegemónica no implica su desaparición, sino su puesta en tensión y reacomodamiento frente a nuevos escenarios sociales (Connell, 2005).

Es precisamente en esta tensión donde se sitúa el presente artículo. La pugna entre el avance democratizador de los feminismos y la reacción conservadora produce una fisura en lo que definiremos como la *armadura viril*: un dispositivo de acorazamiento emocional que históricamente ha funcionado tanto como mecanismo de protección subjetiva como de ejercicio de poder, pero que en el contexto actual se vuelve una carga asfixiante. El malestar que numerosos hombres experimentan ante la pérdida de sus referencias tradicionales de dominio no constituye únicamente un conflicto de orden político o cultural, sino también una crisis subjetiva profunda, que conceptualizamos como *impotencia vital* (Córdoba, 2020).

Desde un abordaje multidisciplinario que articula la psicología clínica con los estudios de género y las teorías contemporáneas sobre hombres y masculinidades, este trabajo se propone explorar las grietas de dicha armadura. El objetivo es analizar de qué manera el resquebrajamiento de los mandatos tradicionales de potencia abre la posibilidad de reconfiguraciones en la afectividad y la intimidad masculina. En última instancia, se busca aportar conocimiento riguroso sobre los procesos de subjetivación de los hombres, entendiendo que la revisión crítica de la masculinidad no constituye solo un imperativo  tico en relación con las mujeres y las diversidades, sino también una condición de posibilidad para la salud mental y el bienestar de los propios varones.

DESARROLLO

La armadura viril: el acorazamiento caracterol gico y el mandato de potencia

El concepto de *armadura* no opera aquí únicamente como una metáfora literaria, sino como un constructo con profundas raíces en la psicología y la sociología del género. Para comprender la *grieta* que se propone en este trabajo, resulta imprescindible analizar los modos en que este blindaje subjetivo y corporal se forja históricamente en los varones. La base teórica de la noción de armadura se encuentra en el concepto de *coraza caracterológica* desarrollado por Reich (1933), quien plante  que el individuo construye un conjunto de resistencias psíquicas que se manifiestan corporalmente como rigideces musculares, destinadas a protegerlo tanto de estímulos externos como de impulsos internos vividos como displacenteros. Desde esta perspectiva, el carácter no constituye únicamente un estilo de personalidad, sino un mecanismo defensivo rígido: un acorazamiento del yo frente al dolor psíquico. Reich sostuvo que las emociones reprimidas se anclan en el cuerpo bajo la forma de tensiones musculares crónicas —como la rigidez del cuello, la mandíbula apretada o el pecho bloqueado—, configurando un modo específico de habitar el cuerpo. En el caso de los varones, esta coraza tiende a organizarse como una armadura viril: un sistema defensivo orientado a neutralizar todo aquello que es leído culturalmente como “femenino”, es decir debilidad, pasividad o vulnerabilidad.

En su obra *Análisis del carácter* (1933), Reich dedica un capítulo al carácter f lico-narcisista, al que describe como una modalidad defensiva que guarda notables resonancias con lo que hoy se conceptualiza como masculinidad hegemónica. A diferencia de otros tipos caracterológicos, en el carácter f lico-narcisista su narcisismo no se expresa de manera infantil, sino mediante una exagerada ostentación de confianza en sí mismos, dignidad y superioridad. Su conducta se caracteriza por una actitud altanera, fría y reservada. En sus relaciones con los demás suelen anticiparse al ataque, atacando ellos mismos primero (2005 [1933], p. 211).

Este tipo de configuración subjetiva exhibe una marcada potencia “hacia afuera” —expresada en el dominio, la agresividad o la competencia—, pero se encuentra atravesada por una profunda impotencia interna para la entrega afectiva y la vulnerabilidad. La virilidad opera, así, como un instrumento defensivo frente a un mundo vivido como amenazante, lo que paradójicamente conduce al varón a una soledad estructural, sostenida por su propio orgullo y por la rigidez de su caparazón. Sin embargo, esta armadura no protege al hombre del mundo, sino que lo encierra en una lógica de obediencia a la cofradía masculina. Segato (2016) conceptualiza la masculinidad como un mandato de potencia —sexual, b lica, económica— que no se posee de una vez y para siempre, sino que debe ser permanentemente demostrado y revalidado ante otros varones. La armadura constituye el soporte material y subjetivo de dicho mandato: el hombre debe endurecerse porque la masculinidad no es un estado del ser, sino un estatus precario que se sostiene a través de actos reiterados de dominio. En este sentido, la armadura viril puede leerse como el signo de la servidumbre masculina al patriarcado, en tanto obliga al varón a una performance constante de invulnerabilidad que restringe el autoconocimiento y la empatía.

La articulación de estas dimensiones encuentra un marco político más amplio en la noción de *masculinidad hegemónica* propuesta por Connell (1987), entendida como la configuración de prácticas de género que garantiza la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres. Al ser definida como normativa, la masculinidad hegemónica encarna la forma socialmente más legitimada de “ser hombre”, requiriendo, paradójicamente, de otros varones que se posicionen en relación subordinada a ella para que dicha hegemonía sea reconocida. De este modo, el concepto de hegemonía remite a un dominio ejercido principalmente a través de la cultura, las instituciones y la persuasión, aunque ocasionalmente pueda ser respaldado por la fuerza.

Este orden requiere cuerpos que funcionen como instrumentos de poder. La armadura viril se configura, entonces, como la encarnación corporal y psíquica de ese ideal normativo: cuerpos que no se quiebran, que no lloran y que permanecen siempre disponibles para la competencia. Para que la hegemonía masculina se sostenga, el sistema necesita sujetos blindados. La coraza descrita por Reich permite al varón habitar el espacio público como un territorio de conquista y ejercer prácticas de control y violencia, aunque al costo de una progresiva atrofia afectiva.

Despojarse de la armadura —volverse vulnerable, cuidar, llorar— no implica únicamente una transformación subjetiva individual, sino una transgresión del mandato colectivo. Como señala Segato (2018), el varón experimenta un miedo profundamente arraigado a perder su masculinidad frente a otros hombres; y para no quedar excluido de la hermandad masculina, puede llegar a sostener conductas crueles y narcisistas, en un sacrificio subjetivo que se paga con sufrimiento psíquico. La masculinidad no es algo que se tiene, sino algo que se demuestra, se actúa y se revalida constantemente en un circuito homosocial donde la mirada de otros varones opera simultáneamente como juez y como amenaza. Este proceso de legitimación resulta central para interpelar y poner en tensión la figura del varón que se impone bajo los parámetros de la masculinidad hegemónica.

Los cambios del giro feminista

Si en el apartado anterior se analizó la armadura viril como el soporte subjetivo y corporal del mandato de potencia, resulta necesario ahora interrogar qué sucede cuando dicho dispositivo comienza a resquebrajarse. Las transformaciones impulsadas por los feminismos tensionan el orden patriarcal y

alteran, en un mismo movimiento, los emblemas tradicionales de la virilidad, exponiendo los límites de una estructura defensiva que durante siglos organizó la identidad masculina.

Muchos varones experimentan hoy un malestar difuso pero persistente: se sienten desorientados, desplazados, sin referencias claras acerca de cómo habitar su identidad en un contexto que les exige cambiar, pero no siempre les ofrece herramientas para hacerlo (Córdoba, 2026). La igualdad interpela, pero no siempre encuentra condiciones subjetivas para ponerse en juego.  Qu  hace un varón cuando el modo en que aprendió a ser varón deja de servirle, pero aún no sabe cómo ser de otro modo?  C mo se transforma una identidad construida durante siglos alrededor del dominio, sin que ese cambio sea vivido como una amenaza existencial?  Qu  ocurre cuando el cambio se exige, pero no siempre se acompaña, y cuando se interpela, pero no se habilitan espacios simbólicos para tramitar la pérdida, la incertidumbre y el miedo?

No todos los varones reaccionan igual frente a los feminismos ni frente a la redistribución del poder en los vínculos. Lejos de una lectura binaria —varones aliados versus varones violentos—, lo que observamos es un abanico de posicionamientos subjetivos que combinan resistencia, ambivalencia, adaptación parcial y, en algunos casos, procesos genuinos de transformación. Estas posiciones no surgen en el vacío: se inscriben en una tensión social persistente entre mandatos viriles profundamente arraigados y las demandas contemporáneas de igualdad.

A ello se suma una pedagogía emocional que históricamente ha enseñado a los varones a no sentir, a no pedir y a no depender, dejándolos con escasos recursos simbólicos para elaborar el malestar que el cambio produce. Comprender estos posicionamientos no implica justificarlos, sino evitar lecturas simplificadoras que clausuren el pensamiento y el diálogo. Para acompañar procesos de transformación con hombres resulta insuficiente limitarse a señalar la opresión que ejercen o el daño que producen; es necesario, además, reconocer el miedo, el duelo y el desconcierto que implica desmontar una forma de ser que, aun con altos costos para sí y para otros, les ofrecía un lugar socialmente reconocible y una cierta seguridad existencial.

A estas transformaciones simbólicas y vinculares se agrega una dimensión estructural que resulta ineludible: las condiciones materiales de existencia. La concentración del ingreso, la precarización laboral y la feminización de amplios sectores de la fuerza de trabajo han erosionado de manera sostenida las posibilidades masculinas de sostener el mandato tradicional de la provisión. Este proceso no solo tiene efectos económicos, sino que impacta de lleno en las subjetividades masculinas, al socavar uno de los pilares históricos de la identidad viril (Burin, et al., 2007). Cuando el ideal del proveedor se vuelve inalcanzable para amplios sectores de varones, la grieta en la armadura no se produce únicamente por la interpelación feminista, sino también por una transformación estructural del capitalismo contemporáneo que deja a muchos hombres sin los recursos materiales ni simbólicos para cumplir con los guiones tradicionales de la masculinidad.

Posiciones masculinas en tiempos feministas

Desde esta perspectiva, propongo pensar al menos tres grandes posiciones masculinas frente a los tiempos feministas (Córdoba, 2020). Estas posiciones no deben entenderse como tipos puros ni como

categorías cerradas, sino como modos posibles y, muchas veces, coexistentes de respuesta subjetiva ante el actual escenario sociocultural.

Un primer grupo de varones se atrinchera en un tradicionalismo viril, reproduciendo de manera rígida los mandatos históricos del ser hombre. En estos casos, la adhesión a los ideales de fuerza, control, provisión y autoridad opera como una defensa subjetiva frente al vacío identitario que se abre cuando esos ideales comienzan a resquebrajarse. Cuando el dominio deja de ser incuestionable y la supremacía masculina ya no garantiza reconocimiento, se produce una herida profunda en la identidad. He denominado a este desajuste subjetivo como impotencia vital (Córdoba, 2020): una incapacidad para vivir, desear y vincularse en un mundo donde los viejos guiones de la masculinidad han perdido eficacia simbólica. No se trata de una disfunción fisiológica, sino de un estado de desorientación subjetiva en el que el sujeto, privado de su rol de dominador o proveedor absoluto, queda sin herramientas ni narrativas para habitar la vida.

La impotencia vital emerge cuando el personaje de hombre fuerte deja de ser validado por el entorno -parejas, colegas, hijas e hijos- y el varón se descubre, de manera abrupta, desnudo tras la armadura, sin haber desarrollado un lenguaje propio para nombrar su vulnerabilidad. Frente a ese vacío, la impotencia vital funciona paradójicamente como defensa: rigidiza la subjetividad, empobrece la experiencia emocional y clausura la posibilidad de transformación.

En este marco, los avances de las mujeres en autonomía y derechos suelen ser leídos como intentos de dominación femenina y como amenazas directas a la identidad viril, dado que el horizonte simbólico permanece organizado en una lógica binaria jerárquica, en la que los términos organizan en una relación asimétrica de poder: o mando yo, o me mandan. Cualquier desvío de las expectativas de género —una mujer que decide, que no obedece, que se va— es vivido como un ataque personal. La ira que emerge puede expresarse de manera abierta o encubierta y, en no pocas ocasiones, se traduce en violencia. Así, la violencia aparece como un mecanismo compensatorio que permite reasegurar la identidad masculina, disminuir la ansiedad y restaurar simbólicamente un orden que se percibe como perdido. Este movimiento no es individual ni aislado: la hegemonía masculina ha legitimado históricamente la violencia como forma de control y de restitución del poder.

Un segundo grupo de varones adopta discursos igualitarios y políticamente correctos en relación con el género. A diferencia del grupo anterior, aquí no se observa un rechazo explícito al feminismo, sino una adhesión parcial, ambigua y muchas veces superficial. Se trata de varones que intentan *aggiornar* ciertos rasgos de la masculinidad tradicional sin cuestionar de manera profunda los privilegios que sostienen su posición. En estos casos, la igualdad opera más como una performance discursiva que como una convicción subjetiva: un conjunto de palabras, gestos y actitudes orientadas a evitar conflictos con las mujeres, más que a revisar el propio lugar en la estructura vincular. Esta dinámica produce una brecha persistente entre el discurso manifiesto y las prácticas cotidianas, contradicciones que suelen pasar inadvertidas para ellos, pero no para sus parejas. Un ejemplo paradigmático se observa en el ámbito doméstico y de los cuidados. Son varones que dicen “ayudar” en la casa. La elección del término no es inocente: quien ayuda no se reconoce como corresponsable. La exención no se ejerce aquí como abuso explícito, sino como inercia cotidiana. La ayuda es eventual, discrecional y depende del deseo o la disponibilidad masculina, no de la necesidad real del hogar. De este modo, se configura una ilusión de

igualdad: parece que las tareas están repartidas, pero en la práctica las mujeres continúan sosteniendo la planificación, la organización y la supervisión de la vida cotidiana, es decir, la carga mental. Esta situación coloca a las mujeres en una encrucijada: frente al mandato de que todo funcione, el incumplimiento o la demora masculina en la ejecución de las tareas suele resolverse haciéndose cargo ellas mismas de lo pendiente, muchas veces desde el enojo, el cansancio y la desilusión. Para los varones, en cambio, esta situación combina perplejidad y comodidad, y rara vez es problematizada. Aquí emerge un punto clave: cuando la masculinidad se construye en torno al poder, perderlo equivale a perder identidad. Este temor constituye un obstáculo central para el cambio, reforzado por la sanción simbólica del grupo de pares (Kimmel, 1998). La mirada de otros varones suele ser más temida que el malestar en los vínculos íntimos, lo que contribuye a la persistencia de prácticas poco equitativas.

Existe un tercer grupo de varones que se encuentra inmerso en procesos más conscientes y sostenidos de transformación. No se trata de masculinidades ejemplares ni de identidades “resueltas”, sino de hombres que asumen el cambio como un proceso continuo, necesariamente incompleto y atravesado por tensiones. No llegan a este lugar sin conflictos, retrocesos ni contradicciones; llegan ensayando, fallando y volviendo a intentar. Estos varones buscan redefinir su identidad más allá de los mandatos tradicionales, reconociendo tanto sus potencias como sus fragilidades. En el plano vincular, el poder circula de manera más flexible: se comparte, se negocia y se pone en cuestión. Se observa una mayor implicación en las tareas domésticas y de cuidado, una relación más cercana y afectiva con hijas e hijos, y una disposición real a revisar prácticas, modos de comunicación e impactos que su posicionamiento tiene en los demás. Lejos de concebir estos cambios como una moda discursiva o una exigencia externa, estos hombres entienden la revisión de la masculinidad como una condición de posibilidad para construir vínculos más habitables y una vida afectiva más plena.

Sin embargo, lo que estas posiciones muestran —con sus resistencias, ambivalencias y búsquedas— es que el cambio no es lineal ni inmediato, y que no siempre adopta las formas esperadas.

Durante décadas, los feminismos acompañaron a distintos grupos de mujeres en procesos de desnaturalización de la desigualdad, visibilizando las formas en que el sistema patriarcal organizó la subordinación, la exclusión y la violencia. En ese recorrido histórico y político, los varones fueron señalados —con razón— como beneficiarios del orden patriarcal, y su posición estructural fue leída principalmente en términos de privilegio. No obstante, pensar hoy el privilegio únicamente como ganancia puede obturar procesos de transformación. Para muchos hombres, la consigna de “renunciar a los privilegios” es vivida como una descalificación, lo que suele activar defensas, negaciones o resistencias que dificultan cualquier movimiento subjetivo. Una estrategia posible consiste, entonces, en trabajar con los varones las contradicciones que produce el poder, el empobrecimiento emocional que conlleva y las formas de sufrimiento que quedan silenciadas bajo los ideales viriles de control, autosuficiencia y dominio. Este desplazamiento —del privilegio como pura ganancia al privilegio como posición que también implica costos subjetivos— no busca justificar prácticas de daño, sino abrir preguntas:   qu  subjetividades produce el patriarcado en quienes lo encarnan?,   c mo se aprende a ser varón en un sistema que promete poder a cambio de renunciar al contacto con la propia vulnerabilidad?, y, sobre todo,   qu  condiciones simbólicas y vinculares son necesarias para que esos varones puedan

transformarse? Para responder a estas preguntas es imprescindible descender al terreno donde el orden patriarcal se vuelve experiencia vivida, all  donde se juega el mundo afectivo.

El caparazón afectivo

La armadura viril no solo se expresa como mandato de potencia y control en el espacio público, sino que se inscribe de manera profunda en el mundo afectivo de los hombres. La socialización masculina opera como una pedagogía del endurecimiento, en la que los mandatos hegemónicos funcionan como un dispositivo de *disciplinamiento afectivo* (Córdoba, 2024). Desde edades tempranas, este dispositivo enseña qué se puede sentir, qué no, y, sobre todo, qué no debe mostrarse. El ideal viril se construye sobre la autosuficiencia, el dominio de s  y la negación de la vulnerabilidad, produciendo una subjetividad que aprende a sostenerse a costa del silenciamiento emocional. Sentir demasiado se vuelve peligroso; necesitar, vergonzoso.

Con el tiempo, este aprendizaje deja una huella estructural: una especie de caparazón emocional que se confunde con la identidad masculina misma. Esta coraza afectiva no implica ausencia de emociones, sino su represión, desplazamiento o desestimación como estrategia para evitar la feminización y la sanción social. Los varones han sido socializados en un régimen emocional que desalienta la expresión, la conciencia y la legitimación de lo que sienten. Meler (2023) destaca que la subjetividad masculina suele estar marcada por una falla en la empatía y la introspección, producto de una crianza que exige el desapego temprano de la figura materna. Esto genera una estructura psíquica volcada hacia afuera -la acción- y defensiva hacia adentro -el afecto-. El silencio emocional aparece, así como una estrategia de supervivencia identitaria dentro de un sistema que premia la dureza y sanciona la vulnerabilidad. La autora identifica procesos psíquicos específicos que facilitan la externalización del conflicto: la *alexitimia normativa* —una dificultad aprendida para identificar y nombrar emociones— y el *aislamiento* —donde la razón se utiliza como un blindaje para mantener a raya la vulnerabilidad—. Al no poder procesar internamente el malestar, el varón lo proyecta hacia afuera como una amenaza externa - el feminismo, el cambio social- o lo somatiza, convirtiendo la emoción en un "cuerpo que duele" o un "enojo que estalla" sin palabras que lo nombren.

Este modelo produce un efecto paradójal. Por un lado, protege momentáneamente al varón del riesgo de ser descalificado, ridiculizado o expulsado simbólicamente del grupo de pares. Pero, por otro, empobrece progresivamente su capacidad de registro interno, de comunicación afectiva y de construcción de intimidad. La emoción no desaparece: se desplaza. Se vuelve distancia que enfría los vínculos o conductas que funcionan como anestesia. El caparazón que alguna vez protegió termina, con el tiempo, aislando.

En la clínica y en los espacios de trabajo con varones, este proceso se vuelve particularmente visible. Muchos consultan cuando ya no pueden sostener el silencio: luego de una separación, una crisis vincular, un síntoma corporal persistente o un episodio de violencia que los confronta con algo que no saben cómo tramitar. No llegan diciendo "*quiero hablar de lo que siento*", sino expresando malestar en registros fragmentarios: "*no s  qué me pasa*", "*exploto*", "*me quedo vacío*", "*me voy*". La palabra aparece tarde, no por falta de experiencia emocional, sino por falta de recursos simbólicos que históricamente no fueron estimulados en ellos.

En este punto, resulta clave evitar lecturas que fijen a los varones exclusivamente desde la carencia —no saben, no pueden, no sienten—, ya que ello los cristaliza en una identidad deficitaria que obtura el movimiento subjetivo. Por el contrario, tanto los estudios de masculinidades como la práctica clínica y el trabajo territorial muestran un escenario más complejo: los varones hablan cuando encuentran condiciones que lo habilitan. Cuando existe un espacio donde la palabra no implica ridiculización ni pérdida de estatus, cuando el error no se paga con vergüenza, cuando la escucha no es punitiva ni condescendiente, los varones pueden comenzar a decir. A veces con torpeza, a veces con enojo, a veces con pocas palabras. Pero cuando esto ocurre, se modifica el modo en que se vinculan consigo mismos y con los otros.

Desarmar el estereotipo no implica negar las dificultades reales de muchos varones para expresar lo que sienten, sino comprender de dónde provienen esas dificultades y qué condiciones son necesarias para transformarlas. Si el silencio emocional fue aprendido, también puede ser desaprendido. Sin embargo, este proceso no es automático ni individual: requiere tiempo, acompañamiento y una intervención que no humille, pero tampoco excuse el daño. Implica desmontar una economía emocional basada en la negación, el endurecimiento y la huida del dolor, y acompañar el pasaje hacia una afectividad que deje de vivirse como un territorio ajeno o amenazante y pueda convertirse, progresivamente, en una brújula para habitar el mundo.

La grieta en la armadura

Las consecuencias clínicas y vinculares del acorazamiento afectivo no son menores. El silencio emocional sostenido en el tiempo suele traducirse en somatizaciones, conductas de riesgo, estallidos de violencia o una soledad estructural que empobrece la experiencia vital de los varones. La intimidad, cuando existe, aparece frecuentemente mediada por el hacer —actividades compartidas, acciones, resoluciones prácticas— ante la dificultad de la resonancia afectiva sostenida, palabra por palabra, emoción por emoción. All  donde falta lenguaje emocional, el vínculo se vuelve funcional, pero no necesariamente íntimo.

La erosión del pedestal económico no es un dato menor. Si la subjetividad masculina se ha edificado sobre el "Ideal de Hombre de Trabajo", donde el rol de proveedor funcionó como el eje ordenador de su autoridad (Burin et al., 2007), la imposibilidad de cumplir este mandato en contextos actuales es vivida como una herida narcisista que agrieta la armadura desde su base. La impotencia vital encuentra aquí su correlato material: el varón se queda sin el instrumento de poder -el salario o el ingreso estable- que validaba su masculinidad ante la familia y sus pares, produciendo un colapso en su sentimiento de valía y eficacia personal.

En este sentido, Seidler (2000) plantea que la masculinidad hegemónica se organiza como un lenguaje de control que desalienta el reconocimiento de la dependencia, la necesidad y la vulnerabilidad. Desde esta perspectiva, la armadura viril puede pensarse como un modo específico de organizar la relación consigo mismo y con los otros, propio de sujetos entrenados en la autosuficiencia y el autocontrol emocional. El problema es que, al sostenerse en este régimen de control, muchos varones pierden progresivamente la capacidad de registrar sus estados internos, de reconocer sus propias necesidades y de pedir ayuda sin vivenciarlo como una forma de humillación. Es en este punto donde la noción de grieta se enlaza con la impotencia vital: el momento en que la armadura pesa tanto que el

sujeto ya no puede caminar con ella, pero al mismo tiempo teme que, al quitársela, no quede nada debajo. Aquí es donde emerge la grieta en la armadura, que no equivale a una decisión consciente ni a una conversión  tica; es, más bien, un punto de falla. Un momento en el que el dispositivo defensivo que sostuvo la identidad masculina deja de funcionar del todo, pero aún no ha sido reemplazado por otro modo de habitar el mundo.

La grieta no es entonces solo una crisis personal, sino una falla en el sistema operativo de género. El varón se encuentra con un “hardware” rígido —su coraza afectiva y corporal— intentando procesar un “software” de igualdad, reciprocidad e intimidad para el cual no fue socializado. Esta desincronización produce malestar, confusión y, muchas veces, respuestas defensivas intensas. Puede derivar en repliegue¹⁵ (Meler, 2020), resentimiento o violencia, pues la grieta no garantiza transformación. Sin embargo, también abre una posibilidad inédita: la de interrogar aquello que hasta entonces había operado como natural e incuestionable:  qu n soy sin esta armadura?,  qu  deseo cuando no estoy obligado a demostrar potencia?,  c mo se construye un vínculo cuando el control deja de ser el organizador central? Para que estas preguntas no queden capturadas por el miedo o la reacción defensiva, se requieren condiciones simbólicas, clínicas y políticas que acompañen el proceso. La grieta es apenas una apertura; lo que se haga con ella no está dado de antemano.

Pensar la masculinidad desde la grieta implica, entonces, abandonar tanto la ilusión de estabilidad del orden patriarcal como la fantasía de un cambio lineal y voluntarista. Implica reconocer que el malestar masculino contemporáneo no es solo resistencia al feminismo, sino también expresión de una subjetividad formada para la dureza que se enfrenta, por primera vez, a la necesidad de sentir sin armadura. All  donde el sistema falla, emerge el riesgo, pero también la posibilidad de otra forma de estar en el mundo. En este escenario, el desafío contemporáneo no consiste en “ablandar” al varón en un sentido normativo, sino en transformar ese caparazón en una piel permeable, capaz de sentir, registrar y cuidar.

CONCLUSIONES

La transformación de las masculinidades en tiempos feministas no puede pensarse únicamente como un imperativo moral, ni mucho menos como una exigencia punitiva dirigida a los varones. Cuando el cambio se plantea solo en términos de “deber ser”, corre el riesgo de convertirse en un nuevo mandato opresivo que, lejos de habilitar procesos subjetivos, refuerza defensas, resistencias y simulacros de adaptación. El desafío contemporáneo no consiste en exigir que los hombres cambien, sino en crear condiciones simbólicas, clínicas y políticas que hagan posible ese cambio.

En este sentido, la noción de “grieta en la armadura” propuesta en el artículo permite pensar el malestar masculino actual no solo como reacción conservadora frente a los feminismos, sino como expresión de una crisis más profunda: la de una subjetividad formada en la dureza, el control y la

¹⁵ Ante mujeres más autónomas y exigentes, muchos varones responden con un distanciamiento o frialdad que opera como una forma de poder por omisión. Al no comprometerse afectivamente o retirarse del diálogo, el varón retiene el control sobre el vínculo y evita confrontar su propia necesidad del otro, en una nueva máscara de invulnerabilidad.

negación de la vulnerabilidad, que hoy se enfrenta a la necesidad de habitar vínculos más igualitarios, afectivos y recíprocos. La grieta no es una derrota ni una ca da moral; es un punto de falla en el dispositivo de la masculinidad hegemónica que, aun siendo doloroso, abre una posibilidad: la oportunidad de una reconfiguración subjetiva.

A lo largo del desarrollo se mostró que el acorazamiento masculino no es natural, sino aprendido. El silencio emocional, la dificultad para registrar lo que se siente, la tendencia al control o a la descarga no son rasgos individuales aislados, sino efectos de una organización social de género que administra las emociones de manera diferencial. El patriarcado no solo distribuye desigualmente el poder; también jerarquiza los afectos, habilitando para los hombres el enojo, la competencia o la indiferencia, mientras expulsa de la escena el miedo, la tristeza, la ternura o la dependencia. Esta economía emocional empobrece la vida psíquica de los varones y estrecha sus posibilidades vinculares, al tiempo que sostiene dinámicas de desigualdad y violencia.

Por ello, pensar la transformación de las masculinidades sin un trabajo profundo sobre los afectos resulta insuficiente. No alcanza con modificar conductas visibles ni con adherir a discursos igualitarios si no se revisa la matriz emocional que sostiene esas prácticas. El cambio implica, para muchos varones, aprender a registrar lo que sienten, tolerar la incomodidad que produce el contacto con la propia vulnerabilidad y habilitar formas de expresión que no están organizadas exclusivamente por el control o la huida. Este proceso no es sencillo: el acercamiento al mundo emocional suele vivirse como una amenaza identitaria, como pérdida de firmeza o de autoridad. Sin embargo, lo que aparece cuando el control cede no es necesariamente fragilidad, sino una ampliación de la experiencia subjetiva, que permite salir del aislamiento y construir vínculos más habitables.

Desde esta perspectiva, acompañar procesos de transformación con varones requiere una  tica de la intervención que evite tanto la condescendencia como el castigo. Un acompañamiento firme y empático, que marque límites claros sin humillar ni justificar el daño, abre la posibilidad de responsabilidad y cambio sostenido. Reconocer que los procesos no son lineales —que incluyen torpezas, contradicciones y *restos* de la masculinidad aprendida— no implica relativizar las desigualdades ni minimizar los efectos de las prácticas violentas, sino comprender cómo se produce el cambio subjetivo en sujetos formados durante décadas bajo otros mandatos.

Muchos varones, como se observa en la clínica y en los espacios de trabajo territorial, est n intentando transformarse. A veces con miedo, con pudor, con pocas palabras. Inician procesos terapéuticos, revisan sus vínculos, ensayan nuevas formas de cuidado y de cercanía, aun cuando estos gestos no siempre sean visibles ni espectaculares. Reconocer estos movimientos no supone disminuir la exigencia  tica, sino entender que, sin procesos subjetivos que acompañen el cambio social, la transformación de las masculinidades corre el riesgo de quedar reducida a una consigna, una performance o un nuevo mandato progresista. Y los mandatos, incluso los bienintencionados, rara vez producen transformaciones duraderas.

Tal vez el desafío central para los hombres en tiempos feministas no sea defender lo que fueron, sino animarse a vivir de un modo que todavía no saben del todo cómo es. Transformar la masculinidad no implica adoptar un nuevo modelo cerrado, sino arriesgarse a habitar una subjetividad menos solitaria, más permeable al cuidado, al afecto y al lazo. Acompañar a los varones en este tránsito no es

empujarlos desde el deber, sino abrir caminos hacia una vida más vivible, más deseante y más humana. Salir de los mandatos viriles no es quedarse sin dirección: es animarse a inventar otra brújula. Una que no est  hecha de exigencias, sino de vínculos. Una que no conduzca a repetir, sino a sentir y a elegir cómo amar, cuidar y habitar el mundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Burin, M; Jiménez Guzmán, L; Meler, I (comp.) (2007). *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*. Buenos Aires; UCES.
- Connell, R. (1987). *Gender and power: Society, the person and sexual politics*. Stanford; Polity Press.
- Connell, R. W., & Messerschmidt, J. W. (2005). *Hegemonic masculinity: Rethinking the concept*. Gender & Society, Núm. 19(6), Pp. 829–859. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639> [consultado el 29 de enero de 2026].
- Córdoba, M.G. (2020). *Ser varón en tiempos feministas. Entre el conflicto y el cambio*. Buenos Aires; Noveduc.
- Córdoba, M.G. (2024). *Experiencias emocionales de varones. Afectos e intimidad masculina*. Buenos Aires; Ed. Entreideas.
- Córdoba, M.G. (2026). *Emociones y trayectorias vitales: representaciones, performatividad de género y salud mental en varones tucumanos*. En Mora Castañeda, B y Córdoba, MG. (comp). *La salud mental en Iberoamérica. Intersecciones de género y ciclo vital*. Tucumán; Ed. Humanitas
- Kimmel, M. (1998). *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina*. En Valdés, T. y Olavarría, J. (ed.). *Masculinidad/es: poder y crisis*. Chile; ISIS-FLACSO, Ediciones de las Mujeres.
- Meler, I. (2020). *Psicoanálisis y género: debates actuales y nuevas construcciones subjetivas*. Descentrada, Núm. 4(1), e099. <https://doi.org/10.24215/25457284e099> ISSN 2545-7284 [consultado 6 de Febrero de 2026]
- Meler, I. (2023). *Varones posmodernos: deconstrucción y nuevas estrategias de dominio*. En Meler, I. *Géneros y deseos en el siglo XXI*. Buenos Aires; Paidós.
- Reich, W. (2005 [1933]). *Análisis del carácter*. Buenos Aires; Paidós.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires; Prometeo Libros.
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires; Prometeo Libros.
- Segato, R. (2023). *En torno a una nueva agenda feminista (y por qué el patriarcado se opondrá a ella)*. En Arata, N [et al.]. *Hablemos de desigualdad sin acostumbrarnos a ella: ocho diálogos para inquietar al pensamiento progresista*. Buenos Aires; CLACSO y Siglo XXI.
- Seidler, V. J. (2000). *Man enough? Embodying masculinities*. London; Sage Publications.